

8 de abril. Mantua una alianza para librar á la Italia de los Españoles; debiendo el papa proporcionarles ochocientos caballos, el rey de Francia dos mil, Venecia mil doscientos, Mantua seiscientos, y cada uno de ellos un número diez veces mayor de infantes. Poco tardó en despertarse el temor á los Franceses. No habiendo podido Carlos Manuel adquirir de aquella manera ni el Monferrato, ni Génova, se quejó dolorosamente, y cuando se presentaron las tropas francesas, les negó el paso. Entonces Richelieu, vistiendo el arnés guerrero, pasó el Dora; y Montmorency derrotó en Avigliana al duque de Saboya, que se había unido á Spínola, gobernador de Milan, y á los soldados de Waldstein.

Era aquel el momento en que hubiera importado mas á los Católicos permanecer unidos, para hacer frente á los protestantes en la guerra que despues se llamó de los Treinta Años. Pero la política era superior al sentimiento religioso, y por un país que no pertenecía á la Francia ni al Austria, aquellas dos potencias se hicieron enemigas mortales. El conde-duque de Olivares declaró que la dignidad de la corona de España se hallaba comprometida; decíase en Viena: «Haremos ver á los Italianos que aun hay un emperador: vamos á arreglar nuestras cuentas con ellos.» Fernando II se proponía resucitar los antiguos derechos respecto de Roma, y revisar la adquisición de Urbino: «Hace cien años, decía, que se saqueó á Roma, y en el día debe estar mas rica que entonces.» De esta manera se preparaban los Católicos á hacer la guerra al papa.

Los hechos eran peores que las palabras; pues se ordenó á las terribles bandas alemanas que dejasen un momento de devastar el territorio germánico para atacar un país nuevo é intacto. Eran aquellas bandas la hez de la milicia aventurera, no viviendo mas que de robos, sin patria ni otro sentimiento sino el de la codicia del botín. Exacerbados en su feroz latrocinio por el gusto de perjudicar á los Católicos, siendo ellos luteranos, bajaron con Altringen, Galasso y otros famosos capitanes, terror de la infeliz Alemania, por la Valtellina á la Lombardia, sembrando tras de sí la asolación y la impudencia. Sitiaron á Mantua, y aunque tenían la seguridad de que se rendiría á los pocos días, los generales quisieron tomarla por asalto para ordenar el saqueo. Los Alemanes ejercieron entonces en Mantua cuanto es posible leer ó imaginar de mas horrible respecto de una ciudad enemiga: el daño se estimó en 18.000.000 de escudos, además de las preciosas antigüedades que los Gonzagas habían reunido en su palacio y de lo que no tiene precio, á saber, las violencias y las profanaciones (1).

Y no bastaba esto, supuesto que en su lentísimo paso dejaron aquellos soeces la peste,

(1) La tabla isíaca, insigne monumento de antigüedad egipcia, fué robada entonces, y se encuentra hoy en el museo de Turin. En el de Brunswick existe una magnífica sardónica, que representa una panegiria.

que derramaban siempre sus ejércitos. Por donde habían ellos pasado, empezaron á descubrirse cadáveres cubiertos de feos tumores; y luego aumentándose el azote con ayuda de la incredulidad é imprevisión, se difundió con una fuerza terrible. Con la tradición popular y los trabajos literarios queda viva en la memoria de todos aquel desastre, durante el cual bastará que digamos que, no siendo de ninguna utilidad los inagotables tesoros de la caridad cristiana, ni los dos millones y mas que gastó el cuerno municipal, y un millon doscientos mil el cardenal Federico Borromeo, perdió la ciudad de Milan cien mil habitantes, y en la misma proporción perdieron los pueblos del campo y las ciudades de provincia. Y no afreció la peste solamente allí, sino en toda Italia; en Turin de once mil habitantes perecieron ocho mil; diez mil en Como, setenta y cinco mil en Ginebra, ochenta mil en Venecia y treinta mil en los dominios de tierra firme; extendióse despues al resto de Italia, donde parece que se halló faltar la tercera parte de la poblacion. (1)

Fué el golpe de gracia para aquel pobre país, donde no se halló mas remedio á la despoblacion, al abandono de las campiñas, al descuido de las artes, á la postracion de los ánimos en vista de una tan grande é irremediable desventura, y en la duda de una perversidad no ménos inmensa. Pues los hombres que, no pudiendo quejarse de Dios, tienen que apaciguarse con algun hombre, y disfrazar con envidia el desaliento, empezaron á creer que había sido propagada la enfermedad con unturas mortíferas, fabricadas por malicia política mezclada de acuerdo con el diablo, y pagados por los señores, ya fuesen los Franceses, ó el gobernador Córdoba para vengarse de las descortésias que acostumbraban hacerle los Milanese, ó cualquier otro ambicioso que contaba elevarse en medio de la ruina universal. Tomó esta creencia una espantosa extension; y la autoridad, extrañada por el juicio popular, formó causa á algunos, y les mandó á bárbaros suplicios, con la legal iniquidad que daba razon á la furia del pueblo, y de este modo levantó una infame columna, que debía recordar á los venideros no sus maldades, sino la barbaridad de los tribunales ó la debilidad de los jueces, que al cabo inmolaban la legalidad á la preocupacion plebeya y al miedo.

No conmovian tan horrendas miserias la atroz ineptitud ó la obstinada ambicion de los dueños de Italia; ni cesó la guerra del Monferrato hasta que hubo la peste diezmando así á los ladrones como á los robados, y hubo dejado desierto é inculto el país que se estaban disputando los extranjeros.

Al ver que de tantos manejos salian la pérdida de sus posesiones y el ultraje del Estado, se

(1) Tadini, Ragguaglio... della gran peste contagiosa. Y en cuanto á todos estos hechos, véase nuestra Lombardia nel secolo XVII.

atligió Carlos Manuel, y murió en Savigliano. Sucedióle Victor Amadeo, con ideas mas moderadas y leales; era cuñado del rey de Francia; sin embargo, en su principio tuvo que lidiar con él, y no sin habilidad. Los Franceses, mandados por el mariscal de campo Thoiras, no lograban salvar á Casale, ni los Españoles á tomarla; entretanto por todas partes se estaba luchando y asolando del modo mas infeliz. Por fin Julio Mazarino, en aquel entonces internuncio de Urbano VIII, y que fué despues célebre ministro, pudo conseguir una tregua, que fué seguida de la paz de Ratisbona, completada con el convenio de Cherasco. Con la mediacion del papa Urbano, se estipuló que saldría de Italia los Franceses y los imperiales, conservando sin embargo el emperador las plazas de Mantua y Canneto, y la Francia á Pinerol, Bricherasco, Susa, Avigliana, solamente hasta tanto que quedasen asegurados el Mantuano y el Monferrato al duque de Nevers, á quien daba el emperador la investidura. Lleno de malísima voluntad Victor Amadeo, se inclinó á ceder á los Franceses la ciudad de Pinerol y el valle de Perosa, en cuya compensacion le dejaba Richelieu ocupar á Trino y otras tierras del Monferrato que debian redituár diez y ocho mil escudos por año.

Pero los celos entre Richelieu y el conde-duque Olivares, que se aplicaban á hacerse daño en todas las partes de Europa, y á engrandecer á sus amos y señores, no tardaron en suscitar nuevas hostilidades entre Austria y Francia. Richelieu, resuelto á realzar la fortuna francesa en Italia, y temeroso de que el duque de Saboya se entendiera con los Españoles para recobrar á Pinerol, le intimó ó liga ó guerra. Por consiguiente tuvo Victor que ajustar con Francia un convenio en Rivoli para conquistar juntos el Milanesado y repartirlo con los duques de Mantua y Parma coligados. Favorecía Urbano VIII aquella empresa, pero la Toscana, como no se veía expuesta, poco se atormentaba por ello; los demas oscilaban; la Venecia guardaba la actitud de pacificadora, no buscando tanto los engradecimientos propios y la libertad de la Italia como el tener á la Francia y al Austria equilibradas.

Y bajo aquella mera fe nadie se movía. Los Franceses, fastidiados con tantos cuidados como les había dado Carlos Manuel, se habían metido en la cabeza el tener la Saboya (1); y para que, además de Pinerol, les quedara otro paso hácia Italia, pensaron en la Valtellina, cuyos destinos no estaban definidos todavía. Por consiguiente

(1) Una nota contemporánea, que se encuentra en la Correspondencia de los agentes toscanos, año de 1636, dice: «El proyecto es que el duque de Saboya se haga rey de Nápoles; que el señor cardenal, su hermano, quede en clase de príncipe del Piamonte; que la Saboya pertenezca á los Franceses, además de Niza y Villafranca; que el duque de Mantua sea duque de Milan; que el de Parma tenga una parte mas próxima á sus Estados, y que se deje á la casa de Barberina un Estado en el reino, y permanezca libre.» Sigue describiendo los medios. Archivo histórico, t. IX, p. 318.

para que por allí no fueran socorros alemanes al Milanesado, fortificaron los puntos franceses entre los Grisones, y mandaron á la Valtellina al duque de Rohan, que con las acostumbradas jactancias de proteger la libertad, ocupó el valle, é hizo allí magistralmente la guerra de montaña. Reuniéronse entonces contra él los Lombardos, que acudieron del lago de Como, los Tirolese del Tonale, los Alemanes del Bráulio, tratando todos como enemigo á aquel desdichado país; pero Rohan los venció, y restableció el orden. Entretanto el mariscal de Crequí, mas bien cazador que guerrero, pasó el Tesino por Buffalora, deseando á lo ménos saquear á Milan; pero le salió mal la empresa. Victor Amadeo, generalísimo de la Liga, obró con irresolucion, porque hacía la guerra contra su voluntad, en consecuencia de lo cual los Franceses se vieron obligados á retirarse; Crequí fué muerto; el gobernador español Leganes invadió el Piamonte, y se apoderó de Vercelli despues de una gloriosa resistencia: era, pues, el peligro de los mas amenazadores, si la peste no hubiera podido mas que la artillería.

Por otra parte, entre los Grisones, cuya libertad se disputaban las dos facciones de Francia y España, prevaleció esta última, é incitó á aquellos naturales á arrojar á los Franceses: Rohan tuvo que acudir desde la Valtellina, y volverse pronto á su país, de donde, por envidia, no le enviaban los socorros necesarios. Entonces los Valtellinenses hubieron de poner su destino en manos de España, que los restituyó á los Grisones.

Francia y España ambicionaban la posesion del Piamonte, por lo cual dirigian sus miras á sumirlo en hondos trastornos; y mientras que Victor Amadeo combatía á favor de Francia, su hermano Tomas ponía su temible espada al servicio de España, y el cardenal Mauricio se había constituido en Roma protector del Austria. Sin embargo, cuando murió en Vercelli Victor Amadeo lozano aun y tan de improviso que cundió la fama de que Crequí le había dado un tósigo, y le sucedió su hijo Carlos Manuel II, de edad de cuatro años, España y Austria se empeñaron en dar la tutela á los tíos del niño, al paso que los Franceses sustentaron á Madama Real, esto es, á su madre, Cristina de Francia, hija de Enrique IV. Originóse de aquí gran confusion: los tíos se entendieron con España, hasta para enseñorearse del poder; el emperador exigió que Cristina presentase ante él sus derechos, y porque no quiso acceder á aquel acto de vasallaje, se declaró á favor de los tíos. En suma, la independenciamontesa estaba en gran peligro entre la vivacidad francesa, la lentitud española y las divisiones intestinas: una ciudad se armó contra otra; los Galo-Piamonteses lucharon con los Hispano-Piamonteses; todos asolaban los campos y mataban; y tanto los clérigos como los frailes tomaban parte en la lucha y atizaban los odios.

Leganes sorprendió á Cherasco; el príncipe

1610. Tomas sorprendió á Turin, pero las contestaciones que se suscitaron impidieron sitiar la ciudadela en que Madama se habia refugiado. Los Franceses volaron á socorrerla; Casale tornó á ser campo de terribles batallas, el conde de Harcourt y el mariscal de Turenna alcanzaron allí inmortal fama. Tomas, despues de un sitio memorable, tuvo que entregar á Turin, y la mano de Richelieu suscitó enemigos á España en Cataluña, en Portugal y en el pequeño principado de Mónaco, que habiendo degollado la guarnicion española, admitida por Luis Lando, tutor de Honorato II, Grimaldi recobró su independencia. Sin embargo, Cristina no consintió jamas en llevar á Francia á sus hijos, y se reconcilió con sus cuñados luego que estos conocieron cuán caro se compra un trono recurriendo á la intervencion extranjera. En el tratado de Turin fué reconocida como tutora;

1642. Mauricio, dejando el cláustro, gobernó ó mas bien reinó en Niza, Tomas en Ivrea y Biella, Luis XIII los tomó bajo su proteccion y les pagó un estipendio, con tal que se declarasen contra España; y por el tratado de Valentino cedió todas las plazas que tenia ocupadas, excepto la ciudadela de Turin.

Sin embargo, la calma no se restableció en el Monferrato, que Carlos de Nevers habia encontrado asolado por amigos y enemigos, por la guerra y la peste. Habiendo muerto su hijo, le sucedió su nieto Carlos II (ó III) bajo la tutela de la madre, á quien el gobernador, duque de Caracena, prometió ceder la disputada Casale apenas se hubiese apoderado de ella, si consentia en separarse de la alianza de Francia. Lo hizo así, y ayudó á tomar aquella ciudad, que perteneció de consiguiente á los Españoles, mientras que Francia, agitada por las guerras de la Fronda, perdía tambien á Piombino y Portolongone, que habia ocupado poco ántes. Pero en cuanto Mazarino triunfó de aquellas turbulencias, restableció las cosas en su anterior estado, y celebró la paz de los Pirineos. Hablóse en ella de los Italianos solo en calidad de amigos ó enemigos de las dos potencias, y se decidió que entre Saboya y Mantua rigiese el tratado de Cherasco; que el príncipe Grimaldi de Mónaco sería perdonado y entraria en posesion de sus dominios; en fin, que el rey cristianísimo devolvería al monarca español las plazas de Mortaza y Valenza á orillas del Pó.

1663. Pero Mantua estaba destinada á ser la causa de que no se pudiese asegurar la paz de Italia en aquel siglo. Carlos III, que heredó tambien el ducado, siendo aun niño, contrajo, al adelantarse en años, los vicios de sus padres, y disipando el dinero en fiestas, y la salud en los placeres, perdió la esperanza de tener hijos. Por esto tornó á suscitarse la cuestion de sucesion; y pareciendo que la mujer del duque de Lorena, hija de la emperatriz, estaba llamada á heredar el Monferrato, el emperador comenzó á intrigar para asegurarle su posesion en vida del duque. Este, atribulado por los muchos

que codiciaban la presa, mostró inclinarse á Luis XIV, y envió al conde Jerónimo Mattioli, natural de Bolonia, revestido de plenos poderes para arreglar el asunto con Louvois, quedando convenida la entrega de Casale á Francia. Pero á su vuelta, el desleal Mattioli manifestó el tratado al conde de Melgar, gobernador de Milan: entónces Louvois, viendo frustrados sus proyectos, le tendió un lazo; habiendo logrado cogérle, le hizo encerrar en Pinerol, y trasladar luego de cárcel en cárcel, acompañado de Saint-Mars, á quien estaba encargada su custodia, hasta que murió en la Bastilla el año de 1703. Créese que Mattioli fué el misterioso personaje de que tanto se ha hablado, conocido con el nombre de *Máscara de hierro* (1).

El tratado no tuvo efecto, pero no se calmó la avaricia de Luis XIV, y empleando aquel rey ora las lisonjas, ora las amenazas, indujo al duque de Mantua á dejar que Catinat pusiese guarnicion en la fortaleza de Casale. Despues, cuando estalló la guerra, el comandante frances mandó prender al Mantuano, y de este modo Casale permaneció en poder de los Franceses hasta 1695.

CAPÍTULO XXXIV

Estado Pontificio.

La esperanza que habia renacido en los papas de que el mundo se someteria de nuevo á su dominio, se desvaneció en la paz de Westfalia, que constituyó legalmente protestante á la mitad de la Europa. Habian añadido á la potestad temporal el rico país de Ferrara, y poco despues el de Urbino: permanecian sin embargo sus rentas bien distantes de un Estado floreciente, y les era preciso recurrir á menudo á empréstitos. Los montes, tan buscados en tiempo de Paulo V, perdieron su valor; aumentáronse las deudas en la época del emprendedor Urbano VIII, de tal manera que en 1635 ascendian á 30.000,000 de escudos. Parte de esta suma se empleaba en ventaja general del Catolicismo, y parte en los gastos del Estado, en guerras y en fábricas. Las nuevas constituciones y el temor á la opinion impedían á los papas dar princi-

(1) De las *Mémoires secrètes pour servir à l'histoire de France*, que es una historia de los primeros años de Luis XIV, sacó Voltaire la especie de que la *Máscara de hierro* era el conde de Vermandois, hijo de Luis de la Valliere, el cual no habia muerto, segun se hizo circular, sino que se le habia castigado de aquella manera por haber insultado al delin. J. Delort, en su *Histoire du Masque de fer*, 1823, cita la correspondencia ministerial, de la que aparece no haber sido otro sino Mattioli. El mismo año se publicó el *Homme au Masque de fer*, obra póstuma de Taulés, donde se sostiene que era Arwedik, patriarca de los Armenios, el cual, habiendo tenido una disputa con los Jesuitas, fue arrebatado por los Franceses en Chio, y se necesitaba guardarle con gran secreto para no excitar la justa indignacion. Las tres suposiciones son verosímiles; y todavia mas la que lo hace figurar como hermano gemelo de Luis XIV, cuya presencia hubiera alterado la tranquilidad pública: en todo convendrá desechar la multitud de pormenores novelescos de que se ha revestido aquella prision.

pados á sus sobrinos; pero les prodigaban riquezas; no era esto, á la verdad, un robo hecho al Estado, pues solo consagraban á tal objeto el excedente del producto de la dignidad eclesiástica. Los parientes de Sixto V formaron una familia considerable, unida á las casas principales; pero los Aldobrandini les excedieron en poder en tiempo de Clemente VIII. Los Borghesi, en 1628, habian recibido de Paulo V 689,727 escudos en dinero, 24,600 en valores de los montes; empleos cuya adquisicion hubiera costado 268,176 escudos; y ademas regalos en tierras, vajillas de plata, muebles y alhajas; pero aquella familia desarmó la envidia que hubiera podido producir tanta opulencia, con su esplendidez y generosidad. Se calculó que tres hermanos Barberini recibieron 105.000,000 durante el pontificado de Urbano VIII; el cual, habiendo preguntado á una comision cuánto podia dar el papa, obtuvo por respuesta, que al papado iba necesariamente unido un principado temporal, y que de este podia dar con toda liberalidad á su familia, fundar un mayorazgo de 80,000 escudos de renta líquidos, y dotar doncellas hasta el valor de 180,000 escudos (1).

Con el dinero ó por medio de matrimonios, se proporcionaban tambien señoríos, ó se los concedian los reyes para ganarse el afecto de los papas: Ludovisi recibió de los Esforcia el principado de Fano, de los Farnesios el de Zagarolo, y por matrimonio los de Venosa y Piombino. Cuando la familia Della Rovere, que reinaba en Urbino, se extinguió, los parientes instaban, los consejeros persuadian, y los poderosos toleraban que Urbano VIII invistiese de aquel feudo á sus sobrinos; supo, sin embargo, resistirse, y reunió el ducado al patrimonio de la Santa Sede. Solo dió á su sobrino Tadeo el empleo de prefecto de Roma, hereditario en la casa Della Rovere, y que ademas de las consideraciones, producía 12,000 ducados anuales.

Todas aquellas familias habian establecido montes ó préstamos, asignando el pago á los acreedores sobre las rentas de sus bienes. Las tierras de Castro y de Ronciglione estaban hipotecadas para satisfacer las deudas contraidas por los Farnesios con motivo de la guerra contra los Españoles. Esta familia prevalecia entre las nuevas por la importancia de su principado; y habiendo llegado á disminuirse sus rentas por haber adoptado el papa medidas en su contra, los arrendatarios, á instancia de los Barberini, que ambicionaban aquellas posesiones, rescindieron el contrato y reclamaron una indemnizacion. Pareció esta buena ocasion á Urbano, el cual ocupó á Castro, excomulgó al duque Odoardo, é hizo adelantar tropas para arrebatárselo á Parma y Plasencia. Odoardo se dispuso para la defensa; y Módena, Parma, Florencia y Venecia, envidiosas del engrandecimiento del pontífice, tomaron las armas contra él. En aquella guerra hubo poca actividad; pero no

dejó de causar grandes perjuicios al país; pues á los males ordinarios se añadió la audacia de los jefes de bandas, que enarbolando la bandera de alguna de las partes beligerantes, cometian crueles robos. La mediacion de la Francia produjo la paz, que volvió las cosas á su primer estado; pero la guerra habia costado 12.000,000 al gobierno pontificio y el papa quedó humillado.

Este fué un motivo mas de ódio contra los Barberini, á los que se acusaba de la empresa y de su mal éxito: por tanto, se estaba sobre aviso para no elegir á un papa de su faccion; y gracias á los Médicis, la eleccion recayó en el cardenal Juan Bautista Panfilí, que adoptó el nombre de Inocencio X. Pidióse cuenta á los Barberini de sus malversaciones, por culpa de las cuales se debian gastar en intereses 1.300,000 escudos de oro al año, sin quedar mas que 700,000 escudos para las necesidades del Estado, al paso que ellos se habian formado una renta de medio millon. No teniendo nada que contestar, huyeron á Francia, y sus palacios y montes fueron secuestrados; pero despues consiguieron, por mediacion de Francia y de Olimpia Maldachina, que se les absolviese, como acontece comunmente con los grandes ladrones.

Semejante rigor prometia un papa sin tacha, tanto mas cuanto que siempre se habia manifestado avaro de gracias, y se le llamaba en la dataría *Monseñor no se puede*. Economizó, en efecto, pero no pudo resistir al ascendiente de Olimpia, la cual casándose con el hermano del pontífice, habia dado importancia á la familia de los Panfilí en razon de su rico dote. Poderosa por gratitud, recibia visitas de los embajadores, regalos de las córtes extranjeras, y de las personas que querian obtener empleos. Casó á sus hijas con individuos de las familias Ludovisi y Giustiniani, y á su hijo Camilo con una heredera de la casa Aldobrandini, que, hermosa y de talento, disputó el dominio á su suegra. Aquellas intrigas de familia y las rivalidades y amistades domésticas perjudicaron en gran manera al crédito de Inocencio (1). Por lo demas, pasando de setenta años, conservó no obstante, su laboriosa lealtad; obligó á los ricos á pagar lo que debian á los pobres; estableció el orden y la seguridad en Roma, y hasta pensó en reformar las instituciones monásticas. Como no causaba recelo á los príncipes italianos, logró un feliz éxito en todo aquello en que se habia estrellado el ímpetu de su predecesor; pues habiendo sido asesinado en el camino Cristóbal Giarda, que él mandaba de obispo á Castro, é imputándose este crimen al duque Ranuccio II Farnesio, que se encontraba indispuerto en la corte de Roma, el papa hizo atacar la ciudad, que quedó destruida, y erigir en su

(1) Se le ataca sobre todo en una biografía de aquel pontífice, escrita por Gregorio Letti, y en la que la credulidad se une á la mentira.

(1) Los datos pueden verse en RANKE.

1644.

Inocen-
cio X.
1614.
Agosto.Cristó-
bal.
Giarda.
1617.